

EL ANTILLANO

Por FED. HENRIQUEZ I CARVAJAL

Tal fué el seudónimo adoptado por el Dr. Ramón Emeterio Betances, al entrar en el ejercicio de su ministerio revolucionario, i tal es la credencial con que ha entrado en el ágora de la historia de América. El fué el primero que enlazó el ideal antillano con el ideal de la independencia de Puerto Rico.

Se le ha atribuido a Bolívar la iniciativa en esa aspiración previsorá en favor de tres pueblos hermanos i vecinos; pero el Libertador solo planeó la liberación de la mayor i la menor de las cuatro grandes antillas — Cuba y Puerto Rico — para incorporarla en el concierto de la Gran Colombia creada por su genio político. La antigua Española quedaría fuera de ese concierto.

La unión antillana, obtenida la independencia de Cuba i Puerto Rico, era en el corazón i en la mente de Betances una trilogía de las tres colonias que iban a ser las últimas en emanciparse de España: Cuba, Puerto Rico y Santo Domingo. La República Dominicana había sido reincorporada a España, en marzo de 1861, por un pacto entre Santana, reaccionario i anexionista, i O' Donnell, Primer Ministro de Isabel II; i Betances fué, sin duda, el único puertorriqueño que se adhirió a la revolución restauradora iniciada en Capotillo el 16 de Agosto de 1873. Entonces fué cuando Betances trabó amistad con Meriño. El sacerdote dominicano, patriota i tribuno, se hallaba confinado en Puerto Rico i, a su turno, se adhirió al ideal antillano.

El 11 de Julio de 1865 abandonó el país la maltrata milicia española, en cumplimiento de la real orden con que Narvaez deshizo de un tajo el presunto nudo gordiano de O' Donnell i Santana. Meriño fué de los primeros — el día 13 de agosto — en regresar al solar nativo. Meses después llegó al país el Dr. Betances. En el seminario hizo Meriño la presentación de algunos de sus amigos i sus discípulos al Antillano. Yo era de los últimos i el mas joven. Tenía diecisiete años i, desde entonces, fuí antillanista i amigo del inductor de la causa puertorriqueña.

Betances tuvo, desde la primera hora de su apostolado, un compañero con quien había de compartir la ardua faena revolucionaria para emancipar su isla madre de la tutela del coloniaje, Ruiz Belvis, noble i austera figura social i po-

lítica, formaba un duo de voluntad, razón i conciencia con el Antillano. Ambos laboraban juntos, en pro de los mismos ideales i de la misma causa, aprovechando el favorable momento dominicano en que el Triunvirato, gobierno de facto, afirmaba la política restauradora i anti-anexionista. Es entonces cuando el ideal antillanista cuenta en Santo Domingo con un estimable grupo de adeptos. La nómina se inició con estos nombres: Meriño, Luperón, Emiliano Tejera, Mariano A. Cestero, José Gabriel García, Manuel Rodríguez Objío, Juan Bautista Zafra, Daniel Henríquez, Francisco Gregorio Billini, Juan Tomás Mejía, José Joaquín Pérez i el autor de estas líneas.

Durante la presidencia del General José María Cabral, en 1867, el Dr. Betances, sin descuidar su doble tarea nacionalista, planeó un proyecto de índole político-económica que completaba el de canalización del Yuna iniciado por Gregorio Riva. El de Betances consistía en habilitar la bahía como puerto libre de la península samanese i en introducir una inmigración de agricultores, distribuida en familias, con el propósito de aumentar la producción de frutos nativos de necesario consumo en el extranjero. Eso no era óbice a su perseverante labor revolucionaria. Pero el advenimiento de la situación política anexionista, denominada de los "Seis Años", fué un obstáculo antipatriótico a aquellas i otras empresas propicias a la independencia de Puerto Rico i al ideal de la Unión Antillana. El movimiento de Lares, ocurrido en el curso del primero de esos años sombríos, fué la primera protesta armada del pueblo borincano contra el régimen sin libertad que padecía. El golpe dado se frustró; pero dejó impresa su huella i despertó la simpatía del pueblo dominicano a la vez que un vivo interés por la revolución iniciada en Cuba.

Al régimen de sombras de los "Seis Años", en 1874, sucedió en el país una situación política en que la juventud se colocó a vanguardia. La mayoría, en cada una de las tres sociedades de civismo i de cultura, establecidas en esta Capital, se había adherido a la causa de Cuba, a la causa de Puerto Rico i al ideal antillano. Betances volvió entonces a Santo Domingo i pudo ver i oír cómo esa triple adhesión se manifestaba



en la prensa i en la tribuna. El 7 de mayo de 1875 llegué a Puerto Plata, como huésped agradecido de la juvenud que me recibió, i allí se hallaba el Dr. Betances asistiendo al General Luperón de un fuerte ataque de reumatismo. Desde mi primera visita al enfermo se me incluyó en la tertulia que a diario se formaba en torno de su lecho. Allí se discurría sobre tópicos diversos, relacionados con la política vernácula, que atañían a la guerra de Cuba, a la revolución en favor de Puerto Rico i al ideal antillanista. Los contertulios eran pocos i los mismos siempre. Algunas veces solo éramos cuatro. Luperón, Betances, Segundo Imbert i el amigo de los tres. Así pasaron tres semanas; i un día nos dijo el Dr. Betances, con su sonrisa a flor de labios, que nos traía una fáusta noticia. Era fáusta e inesperada. "Hostos había salido de Nueva York con destino a Puerto Plata". Bayoán seguía viajando i sería nuestro huésped bienvenido.

Eugenio M. de Hostos, el peregrino del Archipiélago del Caribe, entró al país por la puerta franca de Puerto Plata. Trájolo a su bordo el "Tybee", vapor mercante de la línea "Clyde". Betances lo recibió en el muelle i, sin pérdida de tiempo, llegó con él a la morada del prócer restaurador. La presentación de su paisano i amigo fué cordial i digna de los merecimientos i virtudes cívicas del huésped recién llegado. I éste quedó incorporado, gentilmente a la amistosa tertulia antillana. Betances debió pensar que — muerto Ruiz Belvis, en Chile, a deshora i en peores condiciones que el soldado desconocido — Hostos era o sería para él como un hermano espiritual, como lo había sido su malogrado compañero.

Infelizmente la guerra del descenso, en Cuba, iba decayendo i terminaría con el Pacto del Zanjón. En nuestro país, al mismo tiempo, una subversión del sentido político i del sentido común hizo fracasar el Gobierno de Jure del ilustre prócer restaurador Ulises F. Espailat. La caída de Espailat, a fines de 1876, cuando acababa de morir en Caracas el exilado perpetuo i Fundador de la República, determinó el abandono del país por los dos ilustres puertorriqueños. Betances volvió a su clínica en París; i Hostos se fué para Venezuela. Hubo entonces un hecho que contrastaba con la salida de ambos para el extranjero. Roman Baldorioti de Castro, otro prócer puertorriqueño, perseguido por sus ideas evolucionistas, vino a buscar en Santo Domingo hogar i trabajo. Desgraciadamente pasó dos años angustiosos, — 1877 - 1878, — aunque ilustró a un grupo de jóvenes estudiosos en diversas ramas de las ciencias físicas i naturales,

i hubo de regresar a su país cuando allí cesó el régimen brutal del "Composte".

Betances volvió al país cuando, a fines de 1879, se estableció un gobierno de facto presidido por el General Luperón con su sede en Puerto Plata. Bajo ese gobierno de interinaria se creó el período gubernativo de los bienios i en el primero de la serie asumió Meriño la función ejecutiva como Presidente de la República. En un lapso de dos lustros ni en Cuba ni en Puerto Rico se reanudó con éxito la faena revolucionaria. Hostos se consagró en esa década a la faena normalista como Creador i Director de la Escuela Normal de Santo Domingo. Betances volvió a París, en donde siempre tuvo su centro de actividades; i, cuando apareció Martí en el escenario como apóstol i organizador de la última jornada bélica de Cuba, Hostos estaba en Chile i Betances en Francia. Ambos iban a laborar de nuevo por la causa de Cuba y Puerto Rico i por el ideal antillano.

En ese lapso de espera, como solía, estuvo al servicio de nuestro país en varias comisiones honoríficas. Hago memoria de tres de ellas. Fue Delegado de la Junta Oficial que tuvo a su cargo la erección de un monumento al Descubridor del Nuevo Mundo; i a sus gestiones se debe principalmente la selección de la estatua en bronce, obra de Gilbert, estimada como una de las mejores, erigida el 27 de Febrero de 1887, aniversario de la República Dominicana, en la antigua Plaza de la Catedral denominada desde entonces Parque de Colón. Sirvió la Delegación Dominicana — en unión del Dr. Francisco Henríquez i Carvajal que hacía estudios en hospitales i en la Facultad de Medicina de París entonces — en la sesión periódica celebrada por el Congreso de Americanistas, en la — Ciudad Luz, — con motivo del primer centenario de la Revolución Francesa. Fué Delegado de la Junta Nacional Colombina — fundada el 12 de Octubre de 1892 con motivo del Cuarto Centenario del Descubrimiento de América — con su jurisdicción en Francia, como Frai Rocco Cochia, el Arzobispo de Sirace e Internuncio de la Santa Sede, en Italia, i Francisco Carreras Candi en España, para la erección del Mausoleo Colombino destinado a guardar los restos de Colón. En ese concurso, mui concurrido, el premio i la erección correspondieron a un arquitecto i un escultor catalanes como autores del monumento erigido a fines del siglo anterior en la Basílica i Catedral de Santo Domingo.

Permítasele a mi gratitud amistosa el consignar en seguida una delicada demostración de afecto



to i de civismo del Dr. Betánces con el periodista. Cuando "El Mensajero", mi tribuna cívica, se retiró del estadio del periodismo, en 1890, i "Letras i Ciencias" le sucedió como heraldo de cultura, el Dr. Betances me envió de París una pequeña hoja de metal, grabada en relieve, con el título de la revista. Es una bella alegoría en la cual se leen sendos pensamientos orientadores de tres próceres dominicanos: Núñez de Cáceres, Duarte i Espailat.

A Betances se le ofreció que la causa de Puerto Rico contaría con el concurso de la causa de Cuba. El Antillano asumió, con renovado esfuerzo i fortalecidas esperanzas, la Delegación en Francia de la revolución reiniciada en Baire el 24 de Febrero de 1895. El 11 de abril desembarcó en Playitas, en la región oriental de la isla, procedente de Monte Cristi, el grupo heroico de "La Mano de Valientes", cuyo índice era el Generalísimo Máximo Gómez. Martí iba con esa mano al sacrificio; Máximo Gómez, al heroísmo i la victoria. El 19 de mayo, caía el Apóstol transfigurado en Héroe en Bocas de Dos Ríos. El Héroe de las Guázumas planeaba enseguida la famosa invasión desde el Oriente hacia el Occidente de la isla. Maceo iría en la vanguardia. . . .

Estrada Palma, prócer del descenso, había asumido en Nueva York la Presidencia de la Delegación de la Revolución de Cuba. "Patria", órgano de la causa cubana antes dirigido por Martí, continuó su faena periodística bajo la dirección del ilustre pensador Enrique José Varona. Una red de clubs establecidos en Santo Domingo, en Estados Unidos i en otros países de nuestra América, varios Consejos Revolucionarios i algunos Delegados i Subdelegados se hallaban al servicio de la revolución como auxiliares de la Delegación del Partido Cubano presidida por Estrada Palma.

La labor del Dr. Betances, como Delegado, intensa i continua, fué ejemplarísima. El la realizaba sin descanso, absorbido a la vez por la causa de Cuba i por la causa de Puerto Rico que eran en su pensamiento i en su conciencia una sola: la Antillana. En Nueva York se había organizado, de acuerdo sin duda con Betances, una Junta Revolucionaria Puertorriqueña. El Dr. J. J. Henna la presidía; el Dr. Roberto H. Todd, que a Dios gracias vive aun, era su Secretario. Esa Junta tuvo dos vínculos necesarios: uno con el Dr. Betances, como Jefe de la Revolución Puertorriqueña, i otra con Estrada Palma, como Jefe de la Delegación de la Revolución de Cuba.

No era cosa fácil distraer la atención fija, úni-

camente, en aquella recia i ardua jornada bélica que fué la invasión en su incesante carrera de triunfo. Tal motivo i la frialdad o indiferencia de Estrada Palma, en cuanto al concurso que debía prestarse al movimiento revolucionario de Puerto Rico, influyeron sin duda en perjuicio de dos sucesivas expediciones que se alistaron en tierra dominicana. La una iba a actuar bajo la jefatura de un joven general dominicano, Agustín Morales; la otra iba bajo la jefatura de un militar distinguido, puertorriqueño, Rius Rivera; i ambas se quedaron en proyecto, no por culpa de sus jefes, sino por el tiempo perdido en espera de la necesaria ayuda de la Delegación del Partido Revolucionario de Cuba. Poco después moría Agustín Morales en un asalto audaz a Monte Cristy fracasado. Rius Rivera había vuelto a los campos insurrectos de Cuba i, cuando Maceo selló con su muerte el éxito de la invasión, el general puertorriqueño le sucedió en la jefatura militar de Pinar del Río.

La causa de Puerto Rico quedó en suspenso, si no relegada al olvido, en espera de una invasión con el concurso de los afiliados en Borinquen a la causa de su independencia. La autonomía concedídale por España no era óbice a la acción revolucionaria entorpecida; pero la interferencia del ultimatum de Washington notificado al gobierno español se resolvió en un estado de guerra hispano-norteamericana como auxiliar de la guerra de Cuba, i la fácil victoria de la marina estadounidense le quitó a España los dos jirones insulares de su bandera en el Caribe i las Islas Filipinas en el Extremo Oriente. Un tratado impuso la incorporación de unas i otras islas a la Unión Americana i la Revolución de Cuba pudo coronar su triunfo con el reconocimiento de su independencia que, previamente, había reconocido i proclamado el Congreso Norteamericano en acción conjunta.

Puerto Rico no. La ocupación militar enarboló en la vieja fortaleza la bandera de las franjas i las estrellas. La de Lares no apareció i su asta permaneció desnuda. Estados Unidos, manu militari, cometió un abuso de fuerza i un error político. Hostos, Henna i Zeno Gandía, delegados en representación de la isla, hicieron en Washington esfuerzos de razón, justicia i energía en pro de la causa de Puerto Rico i todo fué inútil. Hostos, de regreso en la isla, inició un proceso de educación cívica, con orientaciones concurrentes, para imprimirle al pueblo puertorriqueño el carácter nacional que habría de manifestarse, con un voto unánime, en un acto plebiscitario como su declaración de su voluntad de ser libre e



independiente. Dolorosamente esa última jornada del Maestro quedó inconclusa, fracasada, por incomprensión o por falta de fe en su resultado.

La conducta egoísta e injusta del Gobierno de Washington, al tomar posesión de la isla que pugnaba por su independencia, fué un golpe terrible asestado al cerebro i al corazón del Antillano. Betances no pudo resistir ese golpe. Había envejecido en la lucha de siete lustros, sin desfallecer un solo día, i fué vencido cuando creía coronar su obra cívica nacionalista i su ideal antillano. Debió sentirse en el vacío. La muerte, casi súbita, lo redimió de las angustias i las torturas inherentes al fracaso de su apostolado revolucionario. Triste factum!

El Dr. Ramón Emeterio Betances, a su muerte, había cumplido 71 años de edad. Murió en París el día 16 de Septiembre de 1898, día de mi natalicio, cuando yo cumplía medio siglo. Su cadáver no fué inhumado. Diríase que se olvidó del Momento Homo... Su cadáver fué incinerado i sus cenizas conservadas en una redoma, de metal i cristal de roca. Ahora se guardan bajo el pedestal del monumento que se ha erigido a su memoria en su solar nativo: Cabo-Rojo. El cuadrilátero del pedestal luce sendas tarjas. Dos de ellas contienen, respectivamente, inscripciones expresivas del homenaje de Puerto Rico. Una de las otras dos expresa el homenaje de Cuba; la otra, la ofrenda de la República Dominicana. (*)

Entristece ver, de lejos o de cerca, el destino adverso de los precursores i los iniciadores de la mas noble empresa que los mismos, como apóstoles o como héroes han acometido: la independencia de un pueblo en servidumbre i la creación de una nacionalidad con los atributos de la soberanía. Ese es el caso de Betances i de Hostos en relación con la frustrada independencia de Puerto Rico. El camino de Betances como el de Hostos, estuvo lleno de toda suerte de contrariedades i de negaciones adversas. El Antillano, lo mismo que el Maestro, tuvo su tortuosa calle de amarguras. Si no llevó a cuestas la cruz ignomi-

(*) La leyenda de la tarja dominicana fué escrita por el autor de estas páginas.

niosa, como el inigualable Nazareno, anduvo siempre bajo el peso de la ajena incomprensión i de las propias responsabilidades. Duarte, el primero en la estabilidad absoluta de su patriotismo i en "la extensión del sacrificio", le dió sin duda el mas alto ejemplo con su obra i con su vida.

Yo, que fuí de ambos amigos cordial, i a la vez correligionario en el ideal antillano, doi testimonio de la fervorosa i austera consagración de los dos ilustres próceres a la causa de la independencia de Puerto Rico i al ideal de la Unión Social i Política de las Antillas.

Betances, Ruiz Belvis i Hostos forman la trilogía patriótica i revolucionaria, en el mas alto relieve, de la revolución aun inconclusa de su isla madre. Cuando pienso en el ya lejano momento inicial de las labores revolucionarias, en su primera década, alcanzó a ver a Betances, activo i sereno, con su barba pluvial i su mirada de apóstol ansiosa de penetrar en el alma de su pueblo, i a Ruiz Belvis, su meritísimo compañero, siempre a su lado; i cuando pienso en el momento dramático del desenlace, en la tercera década, con la interferencia del dominador extraño que interrumpió su curso de honor i justicia, veo, no sin profunda emoción de civismo i de tristeza, a Hostos, el Maestro admirable, al lado del admirable Antillano.

La selecta trilogía puertorriqueña i antillana, caídas sus tres figuras conspicuas en el seno de la tumba, entró de pleno derecho en el Agora de la Historia. En ella ocupan sendos elevados sitios como próceres del antillanismo i de la causa libertadora de Puerto Rico.

Betances, el Antillano, por su apostolado i su jefatura en la segunda mitad de su existencia consagrada ininterrumpidamente a una i otra noble causa, es acreedor al mas fervoroso homenaje i se le tributará sin duda cuando su isla madre goce de su independencia i su soberanía, en el concierto de las naciones de América, i cuando la Unión Antillana o la Confederación de las Antillas sea una realidad civilizadora en el Archipiélago del Caribe.

16 de Septiembre de 1939.